

VICTORIANO LORENZO

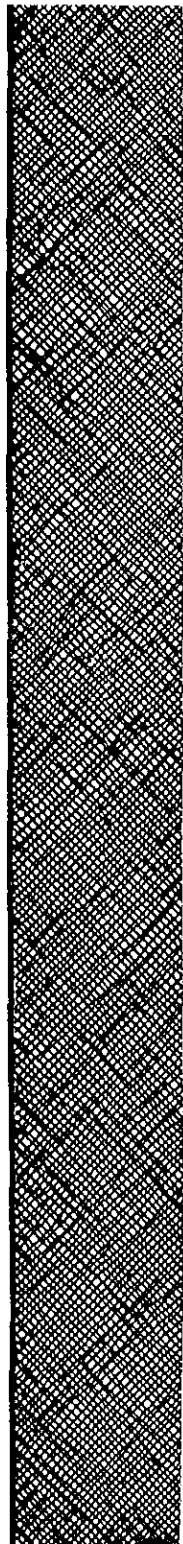
*el Guerrillero de
la Tierra de los
Cholos*

RUBEN D. CARLES

SEGUNDA
EDICION

1 9 6 6

PANAMA,
R. de P.



Este libro fue editado bajo el título genérico HORROR Y PAZ EN EL ISTMO y no logró cautivar la atención de los lectores y fue ignorado en las librerías por más de 10 años.

Ahora que la figura de Victoriano Lorenzo ha tomado relieve y altura, lo presento con una nueva cubierta y con un título más sugerente: VICTORIANO LORENZO, EL GUERRILLERO DE LA TIERRA DE LOS CHOLOS.

Prologo

El liberalismo no ha muerto en el Istmo. Aún sus destructores, sin darse tal vez cuenta, defienden a capa y espada sus postulados y sus conquistas. Pero el Partido Liberal Panameño, con sus prácticas antiliberales, ha desacreditado el Liberalismo en Panamá, con su ejemplo poco edificante.

Un conglomerado de comerciantes es lo que parece la mayor parte de los jefes liberales de hoy día y, desde luego, la juventud que se levanta no puede hallar en ellos o en sus obras una inspiración, sino todo lo contrario. Convéznase, amigo mío, el Partido Liberal se va al abismo, aunque quedemos diseminados por todas partes en el país, liberales de verdad, sinceros y honrados.

Me he estado leyendo en estos días algunas obritas sobre la Guerra de los Mil Días y a pesar de que las hallo incompletas o fragmentarias, en ellas puede apreciarse (y es altamente consolador y edificante) como aquellos hombres de entonces luchaban y morían y sacrificaban todo por sus ideales. Esa historia hay que escribirla, pero bien completa, para que nuestra juventud, que bien podría ser liberal, tenga algo en qué inspirarse, aunque sean los muertos, para llegar a serlo. Estas o parecidas palabras le decía yo no hace mucho a un viejo liberal y entrañable amigo que se lamentaba de la suerte del liberalismo en nuestro país, al mismo tiempo que lo instaba a escribir sus memorias.

Y hoy, como para llevar a la realidad ese anhelo mío, sale a la palestra mi caro amigo, don Rubén D. Carles, con una historia de la revolución liberal de 1899 a 1902, bajo el título de "Horror y Paz en el Istmo"; y, por una de esas

extrañas coincidencias de la vida, me hace el honor de pedirme que le prologue su obra.

Por una honrada apreciación de mis limitaciones, por falta de experiencia en estos menesteres o por simple modestia, le he estado dando vueltas al asunto antes de decidirme a escribir este prólogo que me temo mucho no va a ser todo lo bueno que yo deseara; pero al fin estoy ya escribiéndolo, con el mejor deseo de hacer justicia a la obra de Carles y de despertar el interés del público lector hacia un asunto tan nuestro como la Guerra de los Mil Días y tan lleno de lecciones para todos los panameños.

La obra de Rubén Carles tiene el valor extraordinario de dar una visión de conjunto de la guerra civil de los tres años, en el Istmo. Existen varias obras sobre el mismo tema escritas por actores en el magno drama y, como es natural y humano, ellas reflejan más bien, o ponen más énfasis en el aspecto o parte de la cuestión, parte vivida por el autor en esos días de aventura, de dolor y de gloria, para él, según las contingencias de la guerra. Carles, en cambio, aprovecha el aporte de estos autores, tanto liberales como conservadores, y nos da una historia completa, relatada en la forma más imparcial y objetiva posible, creando así un cuadro más acabado y más justo de la tragedia que ensangrentó al Istmo a principios de este siglo, pues como es sabido, aunque la guerra civil estalló en Colombia en octubre de 1899, no fue hasta la invasión de Porras, a principios de 1900, cuando realmente comenzó aquí la guerra propiamente tal. Los conatos revolucionarios de Arraiján y Natá en 1899 no fueron, como bien lo dice Carles y lo confirman sobrevivientes de la revolución, sino escaramuzas incruentas para distraer la atención del ejército colombiano acuartelado en Panamá.

Otro mérito indudable de la obra de Carles es que trae un aporte nuevo a la historia de la revolución en el Istmo, con los valiosos testimonios de hombres como Alfredo Patiño, Araúz, Alzamora y otros que "hicieron" la guerra y, sobre todo el valioso testimonio de esa gloria nacional panameña que es el General Manuel Quintero Villarreal, sobre hechos importantes en los cuales fue actor directo o testi-

go presencial, lo que ha contribuido a esclarecer algunos puntos oscuros en la historia de nuestra última guerra civil.

Finalmente, esta obra de Carles trae una biografía del Dr. Belisario Porras en la cual el autor logra, sin mayor esfuerzo, hacer resaltar la figura del líder liberal istmeño en una forma que no deja lugar a dudas sobre el hecho de que ha sido Porras el hombre más grande que ha dado el liberalismo entre nosotros y de que fue él, el alma de la revolución liberal en Panamá, a pesar de que su labor tuvo que desarrollarse con la desventaja y las dificultades que le trajo siempre consigo el hecho de que el mando militar supremo estuvo aquí siempre dividido o en manos de generales colombianos que, con todo y nuestra unión a su país por ochenta años, seguían considerándonos, y con razón, como extraños, hasta cierto punto.

Para terminar, creo que el trabajo de Carles sobre la vida y obras de Victoriano Lorenzo, da una idea justa y cabal de los móviles de Victoriano, de la importancia de sus guerrillas, con todo lo cruel que a veces fueron, de su evolución por el trato con los hombres educados y un mejor conocimiento de las reglas de la guerra y de la civilización, de su innata rebeldía; en fin de la talla y hombría del caudillo de los indios coclesanos, mártir de la causa de la justicia social que en aquellos días era alma y nervio del liberalismo panameño

Panamá, Marzo 6 de 1950

SERGIO GONZALEZ R.

CAPITULO I

EL 17 DE OCTUBRE ESTALLA EN COLOMBIA LA GUERRA DE LOS MIL DÍAS. INTENTONAS REVOLUCIONARIAS DE FILÓS, FERNÁNDEZ Y PATIÑO EN LA PROVINCIA DE COCLÉ. TEMÍSTOCLES DÍAZ, DOMINGO S. DE LA ROSA Y AGUSTÍN ARANGO JOVANÉ SE VAN A LA REVOLUCIÓN POR LOS CAMINOS DE ARRAIJÁN.

A fines del año 1898 vino a Panamá el General Rafael Uribe Uribe. Traía tan prestigioso caudillo del liberalismo colombiano el encargo de concertar con sus correligionarios del Istmo el plan de la revolución que debía estallar en todo Colombia en Octubre de 1899 para derrocar el gobierno conservador que presidía el Dr. Manuel A. Sanclemente.

Habiéndose entrevistado Uribe con los Directores del partido en Panamá, señores Pablo Arosemena, Domingo Díaz, Carlos A. Mendoza, Francisco Filós y Heliodoro Patiño quedó acordada la cooperación de los liberales del Istmo en el plan subversivo que conmovería los ámbitos de la nación colombiana.

En el mes expresado, Octubre del año 1899, debía estallar la revolución en todo el país y era necesario hacer alguna intentona revolucionaria en Panamá para distraer la atención de las fuerzas del Gobierno acantonadas en el Istmo e impedir que concurrieran a otros Departamentos a debelar la revolución.

En cumplimiento de tal compromiso se puso en viaje hacia Chiriquí don Temístocles Díaz, llevándole a sus correligionarios del Interior la certeza de un próximo movimiento armado para levantar así el ánimo de los liberales istmeños, ya bastante decaído ante la hegemonía conservadora, cuyo go-

bierno se prolongaba indefinidamente con todas las arbitrariedades de un régimen reaccionario e intransigente.

Como dato curioso e interesante se me ha hecho mención de Tomás A. Noriega y su fonógrafo. Era don Tomás, un liberal convencido y militante y en las reproducciones que hacía su fonógrafo —el primero que se oyó en el interior— aparecían de preferencia los discursos y proclamas de Uribe Uribe, los cuales de tanto oírlos repetir se los sabían de memoria sus simpatizadores. Así en forma efectiva, *pero aparentemente inocente*, hacía el señor Noriega su propaganda liberal, aparte de cualquier otra noticia, que debía transmitir a sus copartidarios de confianza en los pueblos que recorría con su fonógrafo inocente.

Interesado en conocer la actuación de los liberales panameños ante tal compromiso con los dirigentes de Colombia, me he acercado a don Alfredo Patiño, quien fué uno de los jóvenes que, *haciendo honor a la palabra empeñada*, se levantó en armas en la provincia de Coclé en asocio de don Francisco Filós y César Fernández.

Hoy, don Alfredo Patiño, coronel del ejército del Cauca y Panamá, es una de las figuras más atrayentes del liberalismo panameño. Sus méritos y servicios al partido tanto en los campos de batalla como en las faenas de la paz que nos trajo la República; su constante actitud caballerosa y ese don de gentes, que *le es propio, le han granjeado una simpatía espontánea y cálida*, que se manifiesta en toda reunión en que aparece el veterano del liberalismo de Coclé. A los 84 años, bien vividos, don Alfredo se mantiene enhiesto y firme y al hablarnos de los días en que hizo sus travesuras revolucionarias en asocio de Filós y Fernández, su semblante se ilumina de una satisfacción íntima, y sonriente nos relata este primer episodio de la guerra de los Mil Días, que más bien parece ser una aventura de inquietos colegiales, empeñados en ganarse una apuesta de valentía y arrojo, jugándose la vida con la muerte, y no el comienzo incierto de una lucha continuada y persistente que se prolongó a costa de tantos sacrificios y lágrimas.

De acuerdo con lo convenido con el Directorio Liberal el Dr. Francisco Filós —nos dice don Alfredo— desembarcó

en Pescaderías y llegó a mi casa de Antón para notificarme que estaba allí para levantarnos en armas y prender la hoguera de la revolución en el interior del país. Filós venía solo; pero él era el nervio de la revolución y esa misma noche partimos para Penonomé en donde había de entrevistarse con César Fernández, su amigo íntimo, con quien siguió para la hacienda de los Callejones, por el viejo camino de los Guasimales de Natá.

De la hacienda de los Callejones pasaron a Natá en donde proclamaron la revolución, el 27 de Octubre, persiguiendo a los más destacados conservadores de la población. A los pocos días Filós regresaba a Antón con Fernández, Basilio Simití, Víctor Manuel Vega y otros voluntarios, quienes habían apresado a su paso por la hacienda del Coco a don José Miguel Araúz, a su sobrino Cristóbal y a don Mauro Quirós. En Antón hicimos prisioneros al doctor Emiliano Ponce y a otros distinguidos partidarios de la causa conservadora.

Esa misma noche partimos con nuestros prisioneros para Penonomé con veinte compañeros más, armados de revólveres y machetes, para asaltar el viejo cuartel provincial. Sin embargo, pensamos lograr el sometimiento de la plaza sin disparar un solo tiro de revólver.

Y poniendo en acción nuestro pensamiento, llenos de una audacia sin límites, resolvió el grupo de revolucionarios que yo fuera a Penonomé a pedir al Prefecto la rendición de la plaza, haciendo alarde de nuestro crecido ejército acampado en las afueras del poblado, el cual no pasaba de veinte revolucionarios.

—“Si algo pasara a Patiño en Penonomé— decía Fernández, dándole énfasis trágico a sus palabras— pasaremos por las armas a todos los prisioneros”. Ante tan grave amenaza, don José Miguel Araúz, el mas responsable de nuestros prisioneros, nos pidió que él me acompañaría para resguardarme en caso de que se intentara detenerme y repeler por las armas la tan ponderada invasión revolucionaria.

En compañía de don José Miguel Araúz entré a Penonomé por la calle principal de los Forasteros —hoy J. Demóstenes

Arosemena— en busca del Prefecto don Aquilino Tejeira, a quien le exigí la entrega del cuartel.

Don José Miguel Araúz, hombre de paz, y deseoso de evitar derramamiento de sangre y preocupado por la suerte que correrían los prisioneros dejados en rehenes, asintió a mis exigencias ante el Prefecto y quedó así acordada la entrega de la plaza de Penonomé.

Informados mis compañeros de la rendición del cuartel irrumpieron a galope por las calles de la población, disparando sus revólveres y quemando cohetes, mientras que los conservadores buscaban la manera de ponerse a salvo de la revolución triunfante. Pronto nuestros copartidarios de Penonomé: Modesto Rangel, Genaro Mendoza, los Arosemena, los Carles, Isaza llegaron al cuartel con otros simpatizadores de nuestra causa, dando vivas a la revolución y enarbolando el pabellón rojo en el asta de la bandera del ruinoso cuartel provincial.

Yo permanecí en Penonomé organizando las milicias liberales y el gobierno de la revolución, mientras que Filós y Fernández con un contingente retornaron por los llanos de Coclé para apoderarse a tiros de revólver y estallidos de cohetes de Natá y Aguadulce.

Pero nuestros alardes revolucionarios cesaron a los pocos días cuando el gobierno despachó de Panamá al Coronel Guerrero y al entonces capitán Esteban Huertas con cien soldados del Batallón Colombia, quienes desembarcaron en Pescaderías, camino a Penonomé, lugar que desocupamos después de un breve tiroteo en el cual mataron a un soldado de nombre Vitalio.

Vitalio Beltrán, policía y corneta del cuartel de Penonomé, fué el primer muerto en el Istmo en la guerra de los tres años, nos lo dice don Ezequiel Valdés A., al hacer recuento de sus años mozos. Relata Valdés que al abandonar la revolución el pueblo de Penonomé, Vitalio se enroló en sus filas, porque según él, ésta defendía la causa de sus simpatías. Retrasado en la huída de sus correligionarios, abandonado y solo, talvez perdida la razón, Vitalio siguió tocando en su corneta la orden de avance, un avance ilusorio, pues las fuerzas

revolucionarias marchaban camino de Natá. Al oír su clarín y divisar a tan extraño enemigo, perdido entre los matorrales que crecían en los extremos de la población, uno de los soldados del gobierno, de los que justamente entraban en Penonomé, apoyó el rifle en el hombro, apuntó y disparó tan acertadamente que la corneta enmudeció al instante y el pobre Vitalio cayó de espaldas mirando el cielo para no levantarse jamás.

"La última vez que lo ví —expresa Valdés— lo recuerdo muy bien, estaba muerto, estirado cuan largo era, boca arriba, la corneta asida fuertemente con la mano derecha, en actitud de llevársela a la boca, el ojo izquierdo vaciado por un balazo, el cráneo destrozado y la cabeza sobre un charco de sangre mezclada con sesos".

Nosotros nos dispersamos por la montaña, nos expresa Patiño, mientras que las fuerzas del Gobierno perseguía a Filós y a Fernández, a quienes hicieron prisioneros en el Harino, un campo del Distrito de la Pintada.

Simultáneamente con este movimiento en Coclé un grupo de jóvenes de Panamá encabezado por Temístocles Díaz, José Agustín Arango Jované, Domingo S. de la Rosa y Juan Antonio Mendoza, tomó el camino de Arraiján y llegaron a la Albina de Bique con el propósito de trasladarse rápidamente a la provincia de Coclé, que según lo acordado sería el centro de las actividades revolucionarias.

Perseguidos por la fuerza del gobierno, los revolucionarios tuvieron que acogerse a un arreglo de paz y regresar a sus hogares sin graves consecuencias que lamentar. "Medio Batallón del Colombia —dice Donald Velasco— pudo tomarlos

narios que desde Guayaquil proyectaban nuevas empresas militares.

Así tuvieron término estos primeros episodios de la Guerra de los Mil Días, que más parecen ser aventuras de traviesos colegiales y no el comienzo de la terrible hecatombe revolucionaria que meses después anegaba en sangre y lágrimas los tranquilos pueblos del interior.

NOTA: Aquilino Tejeira, mi padrino de bautizo, Prefecto de Coclé en estos aciagos días de la Revolución, fué tronco de distinguida familia penonomeña y era la encarnación del bien y la generosidad. No era hombre de armas tomar; hecho por afición y estudio propio médico de la gente de su pueblo, llevó el alivio de sus experiencias a los enfermos y la sabiduría de sus consejos a quienes eran menester.

R. D. C.



Cor. Alfredo Patiño revolucionario del año 1899.

CAPITULO II

LA INVASIÓN DE PORRAS DESEMBARCA EN PUNTA BURICA. ENTUSIASMO DEL LIBERALISMO ISTMEÑO. TOMA DE DAVID. MANUEL QUINTERO V. SE ENLISTA EN EL EJÉRCITO. PORRAS INVADDE LA PENÍNSULA DE AZUERO. AVANCE DE LOS REVOLUCIONARIOS POR VERAGUAS, LOS SANTOS Y COCLÉ. FRACASO DE LA EXPEDICIÓN DEL GENERAL SARRIA. COMBATE DE LA NEGRA VIEJA.

Hoy me he acercado al General Manuel Quintero V., uno de los pocos sobrevivientes del grupo de los jefes liberales que encabezaron la Guerra de los Mil Días. A la edad de ochenta y nueve años, nada perturba su serenidad espiritual: ha pasado por todas las alternativas de la fortuna. En su juventud fué comerciante próspero y como militante revolucionario su casa comercial y sus haciendas de David fueron requisadas y sometidas a exacciones de guerra. De retorno al hogar, después del Tratado del Wisconsin, volvió a sus actividades en las islas Paridas para continuar sus trabajos en las bucerías y rehacer sus finanzas.

Trabajando lo sorprendió el movimiento separatista del 3 de Noviembre al cual se adhirió con fe, entusiasmo y decisión. Su figura procerca creció en prestigio y su nombre, victorioso en los campos de batalla, fué aclamado por su pueblo para representaciones honrosas en los días iniciales de la República.

Fué Miembro de la Primera Asamblea Constituyente y en el devenir de la República ha ocupado las más altas jerarquías, con excepción de la Presidencia de la República, cargando sobre sus hombros el peso de las más graves responsa-

bilidades. Hacia él se volvieron las miradas del pueblo panameño cuando el conflicto con Costa Rica y su espada, victoriosa en la batalla de San Pablo, volvió a desenvainarse en Coto en defensa de nuestra frontera.

Manuel Quintero V., ha sido político influyente, elemento decisivo en las justas electorales; Ministro de Estado, Designado a la Presidencia de la República y hombre de grandes influencias; y sin embargo, hoy, no disfruta de bienes de fortuna. El General Quintero es de la madera de los viejos liberales que no se enriquecieron en los cargos públicos. Vive pobremente, amparado por la pensión que la Cámara Legislativa le señaló en mérito a sus múltiples y valiosos servicios a la Nación.

Contemplando al General Quintero en la humildad y sencillez de su vida, pobre pero enaltecido, él que fué de los dirigentes de la Nación, que manejó millones, pienso que es de justicia y de razón, realzar la honradez y buen manejo de nuestros hombres que hicieron la Independencia y condujeron la República en sus primeros años de vida independiente.

Tiene razón don Juan Rivera Reyes al proclamar que fueron tan sensatos y honorables; y, sobre todo, tan cuidadosos del patrimonio nacional nuestros primeros administradores que estimaron que para organizar y poner en marcha la nación era suficiente traer al país sólo cuatro millones de balboas, dejando en los Estados Unidos los seis millones restantes, de los diez que pagara el gobierno americano por la concesión de los derechos a la apertura del canal, como recurso intocable para la posteridad. Sólo hombres de propósitos honestos y actitud rectilínea proceden así. El general Manuel Quintero V. fué de estos varones, celosos guardianes del patrimonio nacional.

Al inquirirle sobre su participación en la Guerra de los Mil Días, el General se incorpora sobre su hamaca, echa atrás sus hombros con ese gesto muy propio del que asume la responsabilidad de lo que va a decir para hacer Historia.

—Sí, nosotros esperábamos la invasión liberal que Porras, Mendoza y Morales preparaban en Nicaragua con la ayuda del Presidente José Santos Zelaya y la cooperación económica y

respaldo político del General Eloy Alfaro, Presidente del Ecuador, ambos interesados en el triunfo de la revolución en Colombia. Desde el año de 1899 el Dr. Porras, con otros liberales colombianos se habían asilado en Centro América, en la confianza de que recibirían apoyo de los gobernantes de Guatemala, San Salvador y Nicaragua para preparar una expedición contra el gobierno conservador del Istmo.

Porras, quien era el vocero del grupo pasaba de un país a otro, ganándose la vida como profesor o periodista, alentando ilusiones o sufriendo desencuentros, hasta que al fin el Presidente Zelaya dió instrucciones para equipar la invasión que debía partir del puerto de Corinto rumbo a las costas chiricanas. *

A fines de marzo de 1900, la invasión liberal desembarcó en Punta Burica y en su Manifiesto a los Istmeños, los doctores Porras, Mendoza y Morales proclamaban: "Venimos a restaurar la República, a libertar la patria aherrojada, a devolveros la justicia escarnecida con tantos días de oprobio."⁽¹⁾

Nuestro pueblo ha sido tradicionalmente pacífico y si en su historial se han registrado episodios bélicos, han sido más que todo, golpes de cuartel, asonadas de las masas populares de la capital. Por eso al conocerse la noticia de la invasión revolucionaria se conmovió toda la provincia de Chiriquí y hubo apresuramiento de los conservadores más caracterizados para ocultarse, a la vez que manifestaciones de adhesión y júbilo del pueblo liberal. Al paso de Porras por Alanje ya eran cientos los revolucionarios que animados por el Jefe

* NOTA: "El Cronista" de Panamá en su edición del 13 de junio de 1899 daba la siguiente información: "El Dr. Porras ha sido nombrado por el voto popular Director del Partido Liberal en el Departamento del Istmo. Entendemos que este honor obedece a su adhesión absoluta a la causa liberal y corresponde también a los esfuerzos hechos por el triunfo de esta causa en el campo de la inteligencia. Felicitamos al Dr. Porras por haber alcanzado victoria tan espléndida, como una prueba visible de que la distancia ni el tiempo apagan el entusiasmo ni debilitan las simpatías en el corazón de sus numerosos amigos".

(1) Belisario Porras, Memorias de la Campaña en el Istmo, Página 97.

Liberal, don Rosendo Herrera, se incorporaban al ejército. Porras tenía un don de atracción natural e irresistible; sobre todo, entre la gente sencilla de los campos y los hombres de extracción humilde de la ciudad.

“A medida que avanzábamos, dice el mismo Dr. Porras en sus Memorias, iba engrosando el acompañamiento. La gente salía a la vera del camino a ofrecernos tortillas, chicha, café o licores y mujer hubo que vino a la barranca cerca del Majagual, a ofrecerme un hijo y un sobrino para que combatieran a mi lado. Por las sabanas de Canta Gallo se veían jinetes galopando con alegrías de fiestas, y así, los sencillos y los tímidos labriegos que huían a los montes como venados a la aproximación de las fuerzas del Gobierno, salían ahora a ofrecernos su concurso, sus víveres, sus enseres, bestias y brazos”.⁽²⁾

—Al tener noticias de la invasión, continúa el General Quintero, los más decididos copartidarios salieron a encontrarnos en su avance sobre David, en donde la guarnición conservadora se había hecho fuerte en el cuartel y en la torre de la iglesia parroquial. El 4 de abril, tras un tiroteo de dos horas, la guarnición fué sometida, pereciendo en el combate nuestro valeroso contendor, Capitán Roberto Cuevas, quien comandaba el destacamento que desde la torre de la iglesia impedía el avance dentro de la ciudad.

De acuerdo con lo convenido, yo había esperado a Porras en las islas Paridas en compañía de Rafael Urriola y Gasparino Jurado para desembarcar en Pedregal, y al conocer su cambio de ruta tomé el camino directo hacia David que ya estaba en poder de las fuerzas revolucionarias.

Dueños de la ciudad de David se organizó el gobierno revolucionario con Aníbal Martínez, Aníbal Ríos, Armando Terán, Guillermo Tribaldo, los Alvarado, los Jurado, los Quintero, Esquivel y los Herrera, quienes eran una garantía para los habitantes de la provincia.

El historiador José Ignacio Vernaza en su biografía del

(2) Belsario Porras. Memorias de la Campaña del Istmo. Página 111.

Dr. Carlos Albán, destaca un hecho que honra al Dr. Porras y a su ejército. "Revélase en este hecho el hombre culto y de nobles procederes, que en medio de los horrores de una guerra, no olvida los sentimientos de caballerosidad que se deben guardar con el adversario. En el decreto de honores a los muertos en la toma de la ciudad de David, encontramos un aparte en el cual se rinde homenaje al capitán Roberto Cuevas de las fuerzas del gobierno, a quien se ordena enterrar con los honores que corresponden a su jerarquía en la milicia . . . Los hombres que con Porras hacían la revolución en el Istmo supieron, hasta donde les fué posible, guardar ciertos reparos y compostura, no permitiendo que la revolución se convirtiera en una horda de aventureros sin Dios ni ley. En varias de sus primeras medidas reina el deseo de que sus soldados sean respetuosos y no se entreguen al alcoholismo, que tan pésimos estragos morales causa en las filas de un ejército. Naturalmente hubo sus abusos y desmanes, venganzas personales y muchas injusticias que lamentar; pero Porras, Mendoza, Morales y Herrera eran severos con los pícaros y trataron siempre de imponer sanción a todo hecho punible. La misma forzosa contribución de guerra fué en veces bien tasada y sin exceso".⁽¹⁾

—Dueños de la provincia de Chiriquí, era urgente movilizar el ejército hacia las provincias centrales para acrecentar las filas y poder así, hacerle frente a las tropas del gobierno conservador. Mientras que el general Emiliano Herrera avanzaba por el camino de Tolé hacia Santiago, los doctores Porras, Morales, Mendoza y yo —nos dice el general Quintero— desembarcamos en Tonosí para llevar la revolución a la península de Azuero en donde el Dr. Porras gozaba de mucho prestigio y simpatía.

Sin embargo, observa el Dr. Porras, el número de voluntarios decrecía a medida que el ejército se movilizaba hacia los lindes de las tierras chiricanas. "Unos se iban porque, hombres ocupados, tenían abandonados sus intereses; otros porque no tenían idea de la solidaridad del partido en el país, y una vez vencido el enemigo en la provincia, creían que ya había

(1) José Ignacio Vernaza. Biografía del Dr. Carlos Albán. Página 99.

concluído todo y estaban colmados sus anhelos; la mayor parte lo hacían por ignorancia y por temor a lo desconocido: no sabían cómo era la guerra más allá de su comarca y cuando se les excitaba a seguir se denegaban, ofreciendo su concurso y si era preciso la vida, allí, pero no más lejos, ni en ninguna otra parte.

En fin, muchos se retiraban por odio a la disciplina militar o por mal trato recibido . . . Creían que la guerra consistía sólo en hacerle fuego al enemigo, vencerlo o ser vencido por él, pero no admitían el desempeño de los graves deberes que implica el mantenimiento de un ejército . . . Formación, centinelaje, marchas y rondas, una vez conocido todo esto les cargaba la paciencia y no comprendían cómo para poner fuera de combate al enemigo, hubiera necesidad de saber terciar el arma, presentarla o llevarla al hombro en dos o más tiempos. Imposible que pudieran llevar el paso o que ejecutaran, simultáneamente, los movimientos de táctica. Estaban fastidiados, y frecuentemente iban a pedirme permiso para irse a su campo o a su monte por algunos días. Se valían de las madres o esposas para obtener el licenciamiento; se referían a sus hijos que eran huérfanos y no podían abandonar; ya era que tenían las socuela en barbecho, bien su arrozal en espera del chapeo o de la limpia".⁽¹⁾

—En Tonosí organizamos bajo mi comando el batallón "Libres de Chiriquí" con el contingente de mis comprovincianos que nos acompañaban desde David y con muchos otros que abandonaron sus ocupaciones en las pescaderías que los hermanos Pinel tenían en Coiba e islas inmediatas.

Ya en la provincia de los Santos — expresa el Dr. Porrás— se incorporaron al ejército Rafael Neira, Federico Barrera, Abelardo Tapia y Gerardino de León, quienes estaban en Tonosí, huyendo de la persecución conservadora y a medida que avanzábamos hacia las Tablas por el camino de la sierra, hacían acto de presencia Carlos L. López, Esteban Tejada, Justo P. Espino y muchos más que luego fueron los oficiales del "Escuadrón Patria". En la Villa de Los Santos se

(1) Belisario Porrás. Campañas del Istmo. Página 151.

nos aunaron el General Ignacio Quinzada y valiosos contingentes de las provincias centrales: los Robles, Bianor Bellido, los Goytía, Rodulfo Pardo, Angel Terrientes, los Correa y los Arosemena, Julio Bernal, César Fernández, Adán Leytón, Genaro Mandoza y Alfredo Patiño, quienes engrosaron nuestras filas, de tal manera que cuando alcanzamos la provincia de Coclé, nuestra división se componía de más de doscientos hombres distribuidos entre los batallones "Libres de Chiriquí", "Azüero", "Tiradores de Coclé", más el "Escuadrón Patria".

Es de observar que el avance de las dos columnas revolucionarias se ejecutaría, según plan acordado, simultáneamente. Porras avanzaría sobre el río Santa María y Herrera trataría de ocupar a Santiago, antes de que la ocuparan las fuerzas del Gobierno. Así los dos ejércitos podían prestarse ayuda en caso de un ataque de fuerzas enemigas.

Pero sucedió que mientras Herrera avanzaba por la provincia de Veraguas y Porras vadeaba el río Santa María y se posesionaba de la provincia de Coclé, las tropas del Gobierno, comandadas por el General Sarria eran transportadas por mar al puerto de Pedregal para recuperar a Chiriquí y a su vez los últimos batallones al mando del Coronel José María Núñez R., desocupaban a Penonomé rumbo a la Capital.

La movilización del General Sarria hasta Pedregal fué un desacierto, pues en Soná "se obtuvieron noticias fidedignas de que Herrera con el grueso de las tropas rebeldes, se encontraba a inmediaciones de Tolé en camino para la provincia de Veraguas. El viaje a David perdió con esto su importancia inmediata pues el objeto de la expedición era ante todo encontrar a los revolucionarios y destruirlos. Dejose así espedito a estos el camino que conduce a Veraguas y la columna toda se embarcó en Soná y se dió al mar para David".⁽¹⁾

Parece que el Gobierno conservador se alarmó con la invasión del Dr. Porras, imaginándola más potente y de allí sus preparativos para hacerle frente con todas las probabilidades de éxito y la indecisión de los expedicionarios de comprometer un combate cuyos resultados consideraban dudosos.

(1) Oscar Terán. Informe al Gobierno de Panamá del 5 de Junio, 1900.

Recuperada por Sarria la plaza de David, el ejército conservador tomó de nuevo sus naves y desembarcó en Las Pescaderías de Antón para interrumpir la marcha de los revolucionarios hacia Panamá sin lograr conseguirlo. Estando todavía en Aguadulce el ejército revolucionario, los espías del Cerro del Vigía dieron aviso al Dr. Porras de que había cuatro barcos a la vista frente a la entrada de Aguadulce. Preocupado el Dr. Porras subió al Vigía y pudo constatar personalmente que los buques no se acercaban sino que se retiraban, ocultándose tras la Punta de Antón. Estos eran los barcos de la expedición del General Sarria, compuesta de seiscientos hombres que viajaban desde Pedregal para desembarcar en las playas de Antón.

Por falta de decisión las fuerzas del Gobierno desembarcadas en Pescaderías y comandadas por el General Sarria no pudieron interrumpir el avance revolucionario en los llanos de Coclé y así pudo el ejército de Porras y Herrera, flanqueando a Penonomé, tomar el camino de la montaña por Churuquita, Rincón de las Palmas y el Valle de Antón para desembocar, después de varias jornadas de camino, cerca de la población de Chame.

El avance del ejército revolucionario por las estribaciones de la cordillera a marchas forzadas y de noche y con el mayor sigilo, aunque apresuradamente para ganarle delantera a sus contrarios, es sin lugar a dudas una empresa que sólo la intentan y realizan los hombres de voluntad de acero, aunque no estén entrenados en empresas de guerra.

En los planes trazados por el Dr. Porras, el objetivo era acercarse a la capital para incorporar a su ejército el mayor número de copartidarios y aguardar la oportunidad para asediar la ciudad de Panamá y batir sus defensores.

De haber sido más rápida la marcha de la Primera División del Ejército Restaurador de Tolé a Aguadulce, a cargo del general Herrera, tal vez se hubiera cumplido el propósito del Dr. Porras cuando en carta fechada en Aguadulce le advertía: "El enemigo una vez nosotros en Chame no tendría más remedio que regresar mohino a Panamá. Y si no estuvié-

ramos en Chame aún, desesperarse, porque no tendrían tiempo para alcanzarnos, ni para hacer saber a Panamá su situación en el corazón del Istmo, ni para darnos alcance en Aguadulce”.

Es del caso observar para conclusiones posteriores que en Aguadulce, en donde se reconcentraron las fuerzas de la revolución, fué donde por primera vez se exteriorizaron las divergencias entre los dos jefes revolucionarios, el Dr. Belisario Porras, Jefe Civil y Militar del Departamento y Emiliano Herrera, Jefe del Ejército Restaurador del Istmo.

En sus Memorias de la Guerra de los Mil Días el Dr. Porras alude a la situación creada, cuando en Aguadulce oyó de uno de los oficiales que formaban el Estado Mayor del General Herrera estas expresiones: “Qué se crearán estos panameños? No son en realidad sino unos pretensiosos! Valen mucho menos que nosotros!” Y el mismo Dr. Porras nos relata la divergencia surgida con Herrera cuando le notificó en Aguadulce que había nombrado al General Ignacio Quinzada, Jefe del Estado Mayor de la Segunda División que él había formado con los elementos de las provincias centrales de Los Santos, Herrera y Coclé.

“Quinzada tenía merecimientos para tal distinción por sus antecedentes militares y sus luchas por el partido liberal. Era pundonoroso, discreto y leal”.⁽¹⁾

Herrera consideró que era una intromisión del Dr. Porras en el manejo y organización del ejército, funciones que le correspondían a él como General en Jefe de la Revolución.

Este incidente dió motivos a reproches amargos de Herrera contra Porras hasta reclamarle: —“Yo sé que Ud. trata de suplantarme con otro y es preciso que nos entendamos definitivamente sobre esto, para saber yo a qué atenerme; yo he venido aquí por puto patriotismo y por deferencia a Ud., porque yo he podido irme más bien para el Cauca, en donde me llamaban.”

Porras, hombre sagaz e inteligente, comprensivo y humano, logró sobreponerse a las intransigencias del General

(1) Belisario Porras. Memorias de las Campañas del Istmo, Página 206.

Herrera, y en tono convincente y amistoso le replicó: "Niego los propósitos que Ud. me expone; yo no he soñado en sustituirlo con nadie y asombrado estoy de su lenguaje y del tono que Ud. emplea conmigo, sobre todo por haberme tratado antes de la campaña y desde que me conoció con respeto y consideración".⁽¹⁾

Tales desavenencias se manifestaron en Bejuco, cuando Herrera increpó duramente a Julio Bernal, uno de los Asistentes del Dr. Porras, lo que motivó el desagrado de éste y del grupo de jóvenes panameños, oriundos de la provincia de Coclé, señores Alfredo Patiño, César Fernández y otros, quienes habían decidido separarse del ejército en vista de las intemperancias del General Herrera.

De Bejuco los revolucionarios avanzaron sobre Capira, pero fué imposible mantener esas posiciones y los liberales retornaron a su antiguo campamento situado en las poblaciones de Bejuco y Chame. Chame era una magnífica posición para dominar el mar desde sus alturas circundantes y ver los buques que se acercaban y para el caso de un desastre los revolucionarios podrían ganar la cordillera en donde habitaban solamente indios amigos y dispondrían de posiciones inexpugnables para defenderse por tiempo indefinido.

Mientras tanto, las tropas del Gobierno desembarcaban en Chorrera a órdenes de los Generales Lozada, Sarria y Guerrero y avanzaron sobre Capira. De esta población desembocaron por los llanos de Bejuco en donde se empeñó el encuentro de la Negra Vieja que provocó la retirada de las fuerzas conservadoras, tal como lo reconoce el General Salazar en sus Memorias: "Allí fuimos informados del desastre sufrido por los Generales Lozada, Sarria y Guerrero, agregándose que era inútil toda tentativa de reforzarlos porque ya venían en atañosa retirada imposible de contener".⁽²⁾

Don Mateo F. Araúz, Coronel del Ejército Restaurador, relata sus impresiones del combate de la Negra Vieja: "La vista que desde las colinas que rodean a Bejuco se contemplaba era

(1) Belisario Porras. Memorias de las Compañías en el Istmo. Pág. 206.

(2) Víctor M. Salazar. Memorias de la Guerra. Página 46.

interesante. Pelotones de soldados desplegados aquí y allá por la llanura, salpicada de matorrales y arbustos pequeños, daba la impresión de un juego al escondite entre muchachos; pero qué vá . . . aquellos hombres mantenían un fuego persistente y se movían con agilidad y destreza que causaba asombro . . . Eran soldados del Colombia, valientes y aguerridos. Tenía allí un cañón montado en ruedas que movían de aquí y de allá, disparando sin cesar, del cual dejaron la cureña, llevándose el calibre al hombro, cuando a las cuatro de la tarde tocaron retirada al ser flanqueados por fuerzas nuestras dirigidas por el Coronel Salamanca . . . La tenaz resistencia de nuestros reclutas, ante los ataques persistentes y arrojados del Quinto de Cali, del Colombia y el Ulloa, hicieron nacer en el espíritu de esos bravos legionarios de las fuerzas del gobierno, que algo misterioso existía en el ánimo de aquellos feroces combatientes que les habían —de manera inexplicable— hecho morder el polvo; y ese pensamiento sin duda, les indujo a retirarse, huir, y lo hicieron presa de indescriptible pánico! . . . Así pudimos contemplar, como cuál gallinas asustadas por el gavián, corrían aquellos hombres, que momentos antes, combatían atacando como leones."⁽¹⁾

(1) Moteo F. Araúz. Publicación en la Estrella de Panamá.



Genl. Manuel Quintero V. Jefe de la División "Libres de Chiriquí".



BAIWA. - Cañón de las Salinas. - Vista tomada desde el antiguo puente de Calidonia en 1900.

Al final del Puente de Calidonia

CAPITULO III

LLEGAN NUEVOS REFUERZOS A LA REVOLUCIÓN. CONCEN-
TRACIÓN EN LA CHORRERA. PLAN PARA ATACAR
A PANAMÁ. TRIUNFO LIBERAL EN COROZAL. LOS
GENERALES ALBÁN Y SALAZAR SE PREPARAN A LA
DEFENSA. DERROTA DE LA REVOLUCIÓN EN EL
PUENTE DE CALIDONIA. CAPITULACIÓN DEL EJÉR-
CITO RESTAURADOR.

El avance de las fuerzas revolucionarias sobre Capira, Chorrera, Arraiján y Emperador fué una marcha triunfal. En vano pretendieron los jefes conservadores reorganizar su ejército que iba a la desbandada y formar nuevas líneas de resistencia. Tal era un esfuerzo inútil. Los viejos soldados, los veteranos del Colombia, Quinto de Cali y el Ulloa, sólo se consideraban seguros tras las defensas de la ciudad de Panamá. El batallón Henao que salió de Panamá en auxilio del general Lozada, se escapaba luego "deslizándose por los alrededores de La Chorrera, oyendo las dianas del ejército vencedor en Bejuco y los llanos de Capira —según propia declaración del General Salazar— para tomar el camino de la montaña y salir a la estación de Emperador, en la línea ferrocarrilera de Panamá a Colón."

Mientras esta era la situación de los dos ejércitos contendores, los liberales recibían nuevos contingentes de fuerzas y armamentos que trajeron de Tumaco —Colombia— los Generales Simón Chaux, José Antonio Ramírez Uribe, Temístocles Díaz, Domingo de la Rosa y otros. Los primeros se incorporaron al ejército en su avance sobre Panamá y Ramírez Uribe, Díaz y de la Rosa, recibieron órdenes de desembarcar en Chepo con el batallón Mosquera, compuesto de 250

negros caucanos, para coincidir en el ataque a la ciudad de Panamá por el lado de Las Sabanas.

"De los que vinieron, la figura saliente que atrajo nuestra atención, anota don Mateo F. Araúz, fué el coronel Temístocles Díaz, héroe de Tumaco. Había hecho Temístocles, se decía, una campaña brillante y venía dispuesto a brindar todo su entusiasmo y su valor a la causa en Panamá, su tierra natal . . . Joven, de mediana estatura y bien formado, vestía un vistoso uniforme militar de campaña. con pistola y peinilla al cinto. Su figura resaltaba entre la de los demás compañeros vestidos de civil . . . Cuando lo volví a ver fué el día 25 de julio y ya cadáver en aquel infierno de horror y muerte *en el campo* de Calidonia . . . ! Mientras tanto, su ilustre padre, don Domingo Díaz, el futuro prócer y conductor del pueblo panameño, el día 3 de noviembre de 1903, se hallaba en las mazmorras de Chiriquí, en compañía de muchos otros liberales".

Diariamente ingresaban al ejército partidas nuevas de voluntarios entre éstos Alberto Icaza, Damián Escala, José Hurtado, Benjamín Quintero A., Samuel Rostroup, Fabio Tejada, Carlos Clement, Domingo López, Andrés Mojica, Julio Icaza, Juan B. Sosa, los dos Botello (Edmundo y Dámaso) que venían del archipiélago de las Perlas, de Taboga, de La Chorrera, del Darién y Panamá, "arrostrando para llegar a nosotros mil peligros en el mar o en tierra, burlando ante todo la vigilancia del gobierno; andando a pie, escondiéndose en los bosques, navegando en frágiles cayucos, en los que eran juguetes de las olas y el viento. Llegaban alegres, satisfechos, frescos y decididos y nos llevaban acopio de corajes y esperanzas. Su entrada al campamento era siempre un acontecimiento, una fiesta, y de su entusiasmo y deseo de combatir hacían partícipes a los que ya empezaban a echar de menos las dulzuras del hogar y soñaban con escenas tranquilas y apacibles."⁽¹⁾

En la Cisterna llegó el Coronel Manuel Vásquez, viejo liberal, veterano de las luchas bajo la jefatura de Correoso y Aizpuru, con cincuenta soldados suyos, provenientes de San

(1) Bellsario Porras. Memorias de las Campañas del Istmo. Página 253.

Miguel y del Darién vino el coronel Luis Muñoz con treinta caucheros, y con toda esa corriente de elementos humanos de todas las categorías, oficios y profesiones, anota el señor Araúz, fué como el Dr. Porras y el general Herrera, reorganizaron su Ejército Restaurador, poderoso en hombres y elementos de guerra, para emprender la marcha hacia Panamá y hasta el fatídico puente . . .

Regresaba también de Nicaragua el incansable Eusebio A. Morales, quien desde Chitré había ido a Taboga para abordar uno de los barcos mercantes que viajaban hacia el Ecuador, a conseguir nueva ayuda del Presidente Alfaro y de los jefes liberales que mantenían la revolución en el Departamento del Cauca. De allí pasó el Dr. Morales a Nicaragua, de donde viajó a San Carlos a bordo del barco Momotombo, acompañado de nuevos contingentes y jefes, entre los que se destacaban Nicolás Tejada, Nelson H. Juliao, Manuel Patiño, Guillermo Andreve, Julio Mata, valiosos oficiales del ejército liberal.

El armamento que trajo Morales fué transportado a la línea de batalla por los indios de las montañas de Coclé, comandados por Victoriano Lorenzo, quien pactó esta ayuda con Porras a cambio de ciertos ofrecimientos, tales como "redimirlos del inicuo pago del diezmo y de otras cargas," que pesaban aún sobre ellos como resabio de los encomenderos de los tiempos coloniales.

La movilización de parte del ejército se hizo por mar, en el vapor Gairán Obeso y La Cisterna, del puerto del Mangote, en Bejuco, al puerto de La Chorrera,

Concentrado el ejército revolucionario en la población de La Chorrera, el Estado Mayor aceptó el plan de la campaña sobre Panamá, expuesto por el Dr. Porras, previa presentación y discusión de los planes elaborados al efecto: "Propongo asaltar la ciudad en nuestros botes por los lados de Farfán. El grueso del ejército avanzaría al Arraiján, enseguida a Cocolí y al acercarse a la vía férrea cruzaría a Miraflores con la rapidez que fuese dable; seguiría luego a Corozal y se apoderaría de sus lomas; ya en ellas, se daría la mano y se pondría al habla con Ramírez y sus caucanos, que ocuparían

las otras lomas hasta el mar, Cangrejo, Bella Vista y Perry Hill; ostentarían entonces sus fuerzas, desplegándolas en las lomas; le harían ver al enemigo que íbamos todos por ahí y atraerían su atención con cañoneo constante; fingirían un ataque, y noche y día los hostigarían con la amenaza; mientras tanto, trescientos hombres, que son los que caben en la flotilla, ocultos en Farfán, aguardarían el aviso de aquel simulacro de ataque para asaltar de noche la costa por los lados de La Boca, Punta Mala, Barraza y Gavilán y subir con igual sigilio al Ancón, atacar por detrás en la mañana al enemigo en la estrechura y favorecer la entrada de los aparentes atacantes de las lomas.”⁽¹⁾ Nadie objetó el proyecto enunciado y el plan fué acordado como definitivo.

Tal era la certeza del triunfo de los jefes revolucionarios que en carta circular, dirigida por el Dr. Carlos A. Mendoza, a los Cónsules de la ciudad de Panamá, les pedía su intervención como intermediarios y argumentaba así: “Desgraciadamente, los que en Panamá mandan se han encerrado dentro de los muros de la ciudad, al parecer rehuyendo combatir en despoblado, lo que nos pondrá en la necesidad imprescindible de ir a la capital a arrojarlos de sus cuarteles”. Para terminar les pedía que “las fuerzas dictatoriales salgan a batirse con el Ejército Restaurador o que se entreguen a discreción las plazas de Panamá y Colón con los elementos de guerra que en ellas existan.”⁽²⁾

En los comentarios hechos por el general Víctor Manuel Salazar en sus “Memorias de La Guerra,” anota que “en las horas de la noche del 20 de julio tuvimos conocimiento de que ya las avanzadas de la revolución habían llegado a Corozal, pequeña estación del ferrocarril, situada a poca distancia de Panamá; y al punto resolvimos salir a atacarla con la mira de paralizar el rápido avance del ejército enemigo para dar tiempo a la llegada de la División Antioquia que debía conducir el benemérito general Campos Serrano y que era nuestra mejor esperanza”.⁽³⁾

(1) Belisario Porras. Memorias de las Campañas del Istmo. Página 295.

(2) Belisario Porras. Memorias de las Campañas del Istmo. Página 281.

(3) Víctor Manuel Salazar. Memorias de la Guerra. Página 54.

Así se inició la batalla de Corozal que terminó en una derrota para las fuerzas del Gobierno. Cuando el general Herrera vino al lugar del combate, afirma el Dr. Porras en sus Memorias, se halló con la captura de los prisioneros. "Llegó a tiempo para cobrar el precio de la victoria, y ese precio que era la ocupación o conquista de Panamá no lo cobró. Todavía, a su llegada se oían las pisadas de los fugitivos y podían ponerse los pies en los talones. La ciudad estaba tan cerca, que se oían las campanas de la Catedral . . . Herrera vaciló, no por falta de advertencia. Salamanca, Cano, Salgado, Quintero y otros más se lo rogaron. Exponen muchos de estos, que decía: "No tengo órdenes de seguir", lo que de ninguna manera lo excusa, por que tampoco tenía orden de pelear fuera del plan acordado y había peleado . . . Le hicieron saber que muchos de los jefes de la plaza, generales unos, coroneles otros, y no pocos detractores procaces, héroes de la lengua, habían volado de la ciudad y se habían refugiado en Flamenco a bordo de un vapor de guerra".

Sin embargo, Herrera no atacó sino hasta el 23 de julio perdiendo un tiempo valiosísimo en discutir una capitulación con las fuerzas sitiadas en Panamá, tiempo que empleó provechosamente el general Albán para construir trincheras, alambradas y baluartes frente a los cuales se estrellaría el ataque valeroso y decidido de los batallones revolucionarios.

Pero lo más grave es que iniciada la batalla para la captura de la ciudad de Panamá, Herrera desarrolló otro plan de campaña diferente al acordado en La Chorrera. Si el movimiento de avance hubiera sido general y coordinado, tal vez otro hubiera sido el final de la batalla, pero Herrera, empecinado en marchar de frente y a plena luz meridiana fué a estrellar lo más granado de sus ejércitos sobre las líneas de defensas de sus contrarios. Al observarle lo inexpugnable de las trincheras y alambradas que impedían el avance sobre el Puente de Calidonia que formaba el punto central de la línea de batalla, replicaba: "No importa! . . . Habrá sus difuntos . . . Y Salamanca, otro obstinado en esa lucha mortal, agregaba: "El puente será nuestro, dos horas y es bastante".

"Con esa fe —dice el Dr. Porras— imagínese cómo se-

ría la hecatombe! Entraron, no por pelotones sino en masa; doscientos y tantos hombres por un lado, doscientos y tantos hombres por otro, y algo más de quinientos por el centro; y no podían entrar de otro modo porque no tenían campo para maniobrar en orden de batalla, ni por columnas, con distancias enteras o medias distancias . . . Entonces, sucedió lo que debía suceder, que el conservador los dejó ir, agazapado, en acecho, conteniendo la respiración, pegando el ojo a las rendijas, tendiendo la mirada, fija el arma, apoyado el dedo en el gatillo. Los dejó ir más, un poco más y cuando los tuvo cerca, bien cerca, disparó con absoluta impunidad, dejándose oír la primera estentórea explosión. Oh nobles! Oh incautos camaradas!"

"La metralla, como un granizo rasante ha derribado pelotones íntegros, y por entre una atmósfera de humo y de sangre, de olor a pólvora y a trapo quemado, se ven rodar por el suelo, agitándose en las agonías de la muerte hombres y bestias en horrible confusión. Se oye el grito de Viva el Partido Liberal! y de nuevo otros pelotones avanzan, saltando sobre los muertos . . . el enemigo feroz los deja ir de nuevo, agazapado, en acecho, pegando el ojo a la rendija, tendiendo la mirada y cuando están cerca, más, un poco más, vuelve y dispara y el ronco acento va rebotando con lúgubre cadencia. Otros ruedan también como yerbas segadas, pero hay que seguir y coronar la meta".

"Ya declina la tarde; el sol se esconde y aquel gran esfuerzo hecho con la vislumbre de la victoria, comienza a declinar también. Han caído tantos en diez horas de recibir la muerte a quema ropa! En ese instante todavía se ven rostros sudorosos, estremecidos por las contracciones del furor sublime. El enemigo, sintiéndose invencible, redobla sus esfuerzos. Fusilería y metralla, el fragor es horrendo, siguen matando, destruyendo todo lo que se opone a su alcance. Su furia salvaje elige víctimas: Joaquín Arosemena, Fabio Tejada, quién ~~trada desconocidas? General: General: General:~~

—consta en el comunicado de la batalla firmado por el general Salazar— pero así como avanzaban iban quedando tendidos en la playa y a la sombra de los mangles, muertos unos, heridos los demás y es afirmación de algunos oficiales contrarios que de trescientos hombres que atacaron por aquella vía sólo seis volvieron vivos al campamento de Perry Hill.

En la refriega hubo una ligera suspensión de hostilidades a efecto de que las ambulancias inglesa y chilena penetraran al campo enemigo a recoger siquiera los heridos, cuyos ayes y quejas oíamos a poca distancia. Así se hizo en efecto, pudiendo entonces apreciar el destrozo que nuestras armas habían causado en la fila revolucionaria. Los más arrojados habían pagado esa noche con la vida su intrepidez.”⁽¹⁾

“Es innegable, expresa J. I. Vernaza, que el ejército liberal peleó con valor, que humanamente sobrepujó a cuanto podía esperarse de él, dada su superioridad numérica y la evidencia que llevaba de que la victoria coronaría su valentía y arrojo. Si la llave de la victoria es la fe en ella, aquel ejército la llevaba en el grado más óptimo, pero en Panamá estaba Albán resuelto a morir, menos a entregar la ciudad en las condiciones de desdoro que Herrera le propuso después del fracaso de Corozal.”

“Durante el sitio tuvo lugar un incidente que habría alcanzado repercusiones terribles si no es dominado tan rápidamente. Dentro de la ciudad estalló un levantamiento y desde sus escondites los conjurados disparaban a mansalva sobre los que en las calles dejaban conocer su adhesión al gobierno. De algunas ventanas y balcones se inició un tiroteo y cayeron algunas víctimas inermes. Aquel día pudo haber sido una de las víctimas el mismo general Albán, cuando recorría las calles en su caballo de guerra y se le hicieron varios disparos que afortunadamente no dieron en el blanco.”⁽²⁾

En los momentos en que empezaba el ataque revolucionario sobre Panamá había reclusos en las Bóvedas de Chiriquí ciento noventa y nueve presos políticos y debido a la

(1) Víctor Manuel Salazar. Memorias de la Guerra. Página 58.

(2) J. I. Vernaza. Biografía del General Albán. Página 116.

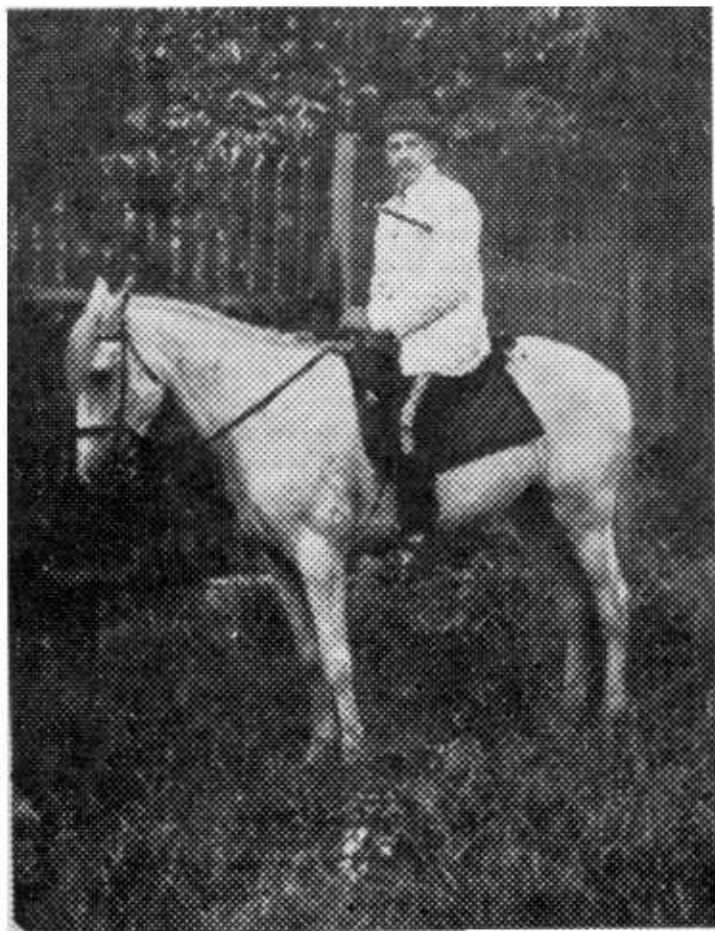
intervención de los Cónsules extranjeros fueron trasladados a los altos de la Agencia Postal por orden del general Albán en donde estarían más seguros de las contingencias del combate.

En sus Memorias el General Noriega anota: "el 25 de julio pasaban particulares por el frente de nuestra cárcel y algunos decían en alta voz como para que los presos lo oyéramos: "Murió Temístocles Díaz . . . ; murió Joaquín Arosemena . . . ; murió Fabio Tejada . . . ! estas desgraciadas noticias nos las confirmó don José María Chiari, quien consiguió permiso del Gobernador para que don Domingo Díaz fuera a reunirse con sus familiares en esos momentos de dolor por la muerte de su hijo Temístocles. Al ver su cadáver el viejo caudillo liberal exclamó: ¡Ah . . . si siquiera se hubiese triunfado . . . !" ⁽¹⁾

"El anuncio de la llegada a Colón de mil doscientos cincuenta hombres al mando del titulado José María Campo Serrano y el de la próxima llegada de la Boyacá con ciento cincuenta más, fué dado por los Cónsules de los Estados Unidos, Francia e Inglaterra y por el Director de la Compañía del Canal que fueron a vernos —declara el Dr. Porras— y al ofrecer su mediación nos movieron a la suspensión de las hostilidades que por su medio se nos proponía; y reunidos Herrera, Chaux y yo nos dimos a estudiar la situación. No pensamos ya sino en el modo de salvar los restos del ejército".

"Bajamos, pues, a la amplia senda que conduce a la ciudad, por donde únicamente podríamos llegar a ella y a pocas vueltas, ahogados por terrible pestilencia nos internamos en el callejón fatal en donde se había cumplido la más terrible escena del sangriento drama. La perspectiva que se recorrió a la vista fué espantosa. Empezamos a andar por entre cadáveres, a uno y a otro lado del camino, extendidos unos, amartados y encharcados en el lodo o en su propia sangre, sentados o de bruces o encogidos otros; cuales con espumarajos en la boca, muchos con cara como de cera, reflejando en sus rostros y en su actitud inerte la última impresión violenta de la vida; tumefactos casi todos, inconocibles y en estado de descomposición . . . Contemplé con angustia el lugar donde cayó Temís-

(1) M. A. Noriega. Campañas del Istmo. Página 53.



Genl. Carlos Alban

tocles Díaz . . . , aquí, me decían cayó Agüero; acá, Joaquín Arosemena; allá Juan A. Mendoza; ese es Samuel Rostroup, aquél Diego Miranda . . . ; partía el corazón ver aún inscualto, en ese campo de desolación a Fabio Tejada, anciano de cerca de sesenta años y como él a otros muchos, a quienes dió bríos la libertad por la que pelearon y rindieron la existencia".⁽¹⁾

Analizando las causas de la derrota en el puente de Calidonia y por lo tanto, el fracaso de la expedición revolucionaria de Belisario Porras y Emiliano Herrera, tenemos que considerar una vez más la anarquía existente en las filas del Ejército Restaurador.

"Había mucho de celos, intrigas y rebeldías que rebajaban la disciplina del ejército y como bien lo expresa el Dr. Porras, el partido que se alzó en la lucha a empuñar el fusil arrojó lejos de sí la unidad en la acción. No obedeció a jefe alguno, porque en donde quiera que se desenvainó una espada se levantó un jefe y se formó un partido; al fin se llegó a pelear, no por los principios, sino por los intereses de determinadas personalidades; los campamentos se convirtieron en pugilato de ambiciones desenfrenadas, de odios mezquinos, de emulaciones; se echó a un lado y se escarneció el mérito para su plantarlo con la vulgaridad bestial del primer machete ensobrecido; y, por último, se puso más empeño en aniquilar al copartidario que en vencer al enemigo."⁽²⁾

Además de esa falta de cohesión en las filas revolucionarias, nos lo ha declarado el general Manuel Quintero V., Emiliano Herrera no tenía capacidades de jefe para encargo de tanta responsabilidad.

A todo esto, Porras estaba empeñado en mantener su condición de Jefe de la Revolución y Herrera y todos los generales colombianos conspiraban contra Porras a quien no le daban beligerancia como militar. Tal vez a ese desconocimiento y al marcado aislamiento en que quedó recluso el Dr. Porras en Farfán, explican por qué el Jefe de la Revolución permaneció ausente del campo de batalla y sólo concurrió a

(1) Belisario Porras. Memorias de las Campañas del Istmo. Página 329.

(2) Belisario Porras. Memorias de las Campañas del Istmo.

él para constatar el descalabro de sus tropas y firmar la capitulación que por intermedio de los Cónsules, le ofreció el general Carlos Albán.

He aquí los términos en que se consumó la rendición del ejército liberal:

Panamá, 25 de julio de 1900.
Señor General Emiliano Herrera.
Perry Hill.

Los señores Cónsules de Inglaterra, Francia y Estados Unidos acaban de regresar del campamento de Ud., insistiendo en su noble interés de que se evite el inútil derramamiento de sangre que durante cinco días se ha verificado con intenso dolor de nuestra patria común . . . Ofrezco, además a Ud. y demás compañeros de armas, la misma capitulación que Ud. ofrecía a las fuerzas de mi mando en su nota del 22 del presente julio. Reproduzco sus términos para mayor claridad:

- 1) que ella se acuerde y se firme antes de veinticuatro horas, durante las cuales se suspenderán las hostilidades;
- 2) que durante ese término me sean entregadas las plazas que Ud. tiene ocupadas, con todos los elementos de guerra en ellas existentes, inclusive las naves de guerra y cualesquiera otras embarcaciones que hayan sido armadas en defensa de los lugares mencionados;
- 3) la entrega, en el término de la distancia, después de firmada la capitulación de las demás poblaciones y territorios que existen aún en poder vuestro, con todos los elementos de guerra que en ellos haya.
- 4) la garantía más absoluta de la vida para los jefes, oficiales y soldados que sirven en vuestras filas, como la de los empleados de vuestro gobierno; concediendo a los jefes y oficiales el honor de conservar sus espadas y bagajes, y a todos el derecho de permanecer en el Departamento o salir de él, incluyendo los prisioneros de guerra que están en nuestro poder.

"A las anteriores condiciones debo agregar la condición de que saldrán de Colombia los extranjereros que, como invasores, han venido a este Departamento.

Según las indicaciones de los señores Cónsules, debo recibir la respuesta definitiva de Ud. mañana a medio día, quedando entendido que, de no recibirla, las hostilidades comenzarán inmediatamente.

Si Uds. aceptan sinceramente estas condiciones y las cumplen como hombres de honor, los recibiremos con los brazos abiertos.

Para mí no hay locura más frenética que la de exterminarse incesantemente hombres que son hijos de una misma república, que apagan su sed en una misma cascada y que adoran al mismo Dios."

Soy de Ud. atento y S. S.,

CARLOS ALBÁN.